LA HORA DE NUESTRA LIBERACIÓN



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Habrá señales prodigiosas en el sol, en la luna y en las estrellas. En la tierra, las naciones se llenarán de angustia y de miedo por el estruendo de las olas del mar; la gente se morirá de terror y de angustiosa espera por las cosas que vendrán sobre el mundo, pues hasta las estrellas se bambolearán. Entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube, con gran poder y majestad. Cuando estas cosas comiencen a suceder, pongan atención y levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación» (Lc 21, 25-28)

Madre nuestra: son impresionantes las palabras de Jesús que recoge San Lucas en su Evangelio sobre el fin del mundo. Son parte de un discurso que el Señor dirigió a sus discípulos a propósito de su anuncio sobre la destrucción del Templo de Jerusalén, cuando ellos le preguntaron sobre las señales que habrán de venir.

Cuando rezamos el Credo en la Santa Misa confesamos que Cristo está sentado a la derecha del Padre, y que "de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin". Es lo que se conoce como la segunda venida de Jesús, al final de los tiempos.

Nadie sabe cuándo llegará ese día, pero sí sabemos que puede ser en cualquier momento, y por tanto, conviene que siempre tengamos bien preparada nuestra alma. Porque, además, en cualquier momento Dios nos puede llamar a cuentas, lo cual resulta un "final de los tiempos particular".

Nos damos cuenta de que ese terror y angustia de la que habla Jesús depende completamente de la tranquilidad de conciencia que tenga cada uno: si nuestra alma está bien preparada para dar cuentas a Dios, no debemos de temer nada. Al contrario, estaremos contentos de ver a Cristo Rey lleno de poder y majestad anunciando la hora de nuestra liberación.

Reina del Cielo, ¿cómo debemos vivir este tiempo de espera de la segunda venida del Señor? ¿Cómo podemos tener paz en nuestra alma y confiar más en Dios?

Hijo mío:

Ven conmigo. Vamos al monte alto de la oración.

Medita conmigo todas las cosas que tengo en mi Corazón.

Mi deseo es que recibas mi paz.

Dime, hijo mío, ¿por qué tienes miedo?

¿Por qué te angustias cuando escuchas a la gente hablar sobre el fin del mundo?

¿Por qué te inquietas?

¿Por qué no quieres meditar sobre lo que el Señor te dice acerca de estas cosas?

¿Qué acaso no crees en su Palabra?

¿Qué acaso no tienes fe?

¿Qué acaso no crees que Dios es tu Padre que te ama?

¿Qué acaso no confías en Él?

Si piensas que el Señor te ha creado para destruirte, para hacerte sufrir, para dejarte abandonado a tu suerte y arrojarte a la muerte, estás muy equivocado.

El Señor, tu Dios, te ha amado desde antes de que tú nacieras. Te ha pensado y te ha creado desde lo más profundo de su infinito amor. Te ha dado vida para amarte, para en ti glorificarse, para hacerte feliz.

Tu humanidad se ha contaminado con el pecado original, aquel que cometieron el primer hombre y la primera mujer por su debilidad, engañados por el demonio llamado satanás, que no quiso servir a Dios sirviéndote a ti y a todos los hijos de Dios, y contra Él se reveló.

Pero tanto te ama tu Padre Dios, que a su único Hijo al mundo envió para salvarte.

El Cordero de Dios purísimo, sacratísimo, inocente, encarnado por el Espíritu Santo en mi vientre inmaculado, en el mundo nació como verdadero hombre y verdadero Dios, para asumir como suyos tus pecados y liberarte de las ataduras del mundo al que el engaño del diablo te tenía esclavizado.

Jesucristo dio su vida por ti muriendo en la cruz, pensando en ti para purificarte y en ti glorificar a su Padre. Te hizo digno hijo de Dios. Te mostró el camino haciéndose camino para tu salvación y puerta para tu vida eterna.

Dime, hijo mío: si crees esto, ¿acaso puedes dudar de su amor?

Yo te aconsejo que, en lugar de escuchar las palabras engañosas de la gente, escuches la Palabra de Dios, que es la única verdad, y que se cumplirá hasta la última letra.

Yo te aconsejo que hagas un examen de conciencia para que te des cuenta porqué te angustias, porqué te preocupas, porqué tienes miedo.

¿Acaso tu conciencia te dice que mereces el castigo de Dios? ¿O es tu ignorancia la que engaña a los sentimientos de tu corazón?

En cualquier caso, yo te aconsejo, hijo mío, acude a la confesión. Libérate de toda esa carga que has puesto en tus pensamientos y atormentan tu corazón.

Pide perdón y vive con esperanza y con alegría, esperando en medio de este mundo de pecado, de guerras, de destrucción, la venida del Señor, con la seguridad de que esa hora será tu liberación, la puerta abierta hacia la vida eterna para glorificar a tu Padre Dios.

Cree y pon en práctica la Palabra que te envía a la evangelización.

Cumple con tu misión para que la gente ignorante, y aquella que engaña o que ha sido engañada, conozca la verdad y procure poner los medios para su conversión.

Cree y pregona con fuerte voz que Jesús es el Hijo de Dios y en ti su Palabra se cumplirá, y ese día terrible para muchos, será para ti de alegría. El terror de los incrédulos será para ti la eterna felicidad.

Anuncia la buena nueva: el Señor ha creado a los hombres por amor.

Deseo que mis palabras en esta meditación llenen de la paz de Dios tu corazón.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 234)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Búscanos en:

Arquidiócesis de Toluca
www.lacompañiademaria.com
lacompaniademaria01@gmail.com